

Alfredo Espino, Poeta Nacional de El Salvador

Por Oswaldo Escobar Velado
1962-1 y 4
Páginas 112-121

No se puede hablar de Alfredo Espino sin acercarse deliciosamente a la campiña nuestra.

No se puede hablar de él y olvidarse del río y el zenzontle sonoro. No nos podemos imaginar al poeta si borramos de nosotros ese mundo aromado de la milpa y ese resignado cansancio que se esconde en los ojos de los bueyes. Porque Alfredo Espino, es, en síntesis: la tierra cuzcatleca hecha poesía. Ambos —él y la tierra cuzcatleca— se compenetran a tal grado que la tierra nuestra perdería su belleza si él no existiera en la lírica salvadoreña, y él, hubiera sido menos poeta, si hubiera nacido en otra parte.

¿Qué sería de los pericos sin la voz de Alfredo Espino y qué de nuestros vientos de octubre? ¿Qué suerte habría corrido nuestro paisaje sin él —pintor de frases bellas y prístinas— no lo hubiera aprisionado en sus estrofas?

Yo no puedo imaginarme a esta pequeña Patria, a la que amo tanto, sin su poeta más vasto, más tutelar y más sencillo.

Vasto, porque él es toda la tierra nuestra. Tutelar, porque es la voz del hombre del campo que cotidianamente siembra la semilla nutricia. Y sencillo, porque lo entienden hasta los niños de las más pequeñas aldeas.

Vasto, repetimos, con vastedad de alas. Quién tuviera dos alas para el vuelo, dijo. Y él que las tenía, todavía las sentía pequeñas, en su anhelo de infinito, de supremo contacto con ese cielo que astronómicamente está lejos de nosotros.

No escanció el vino de sus versos en copas de cristal sino que prefirió guardarlo en sus Jícaras Tristes. Y él nos lo ofrece con el mismo gesto simple y campesino con que un labrador de nuestra tierra nos ofreciera un sorbo de agua fresca y limpia.

Alfredo nunca supo de las torturas de Verlaine ni de las complicaciones cerebrales de Julio Herrera y Reissig. Su verso tiene la sua vidad del

murmullo de la fuente cantarína, la agilidad del venado corriendo en la llanura y la dulzura del pájaro que amanece cantando entre las ramas.

Su credo estético —se le ha señalado como un romántico— tuvo por norma cantar lo nuestro.

Su consigna puede quedar expresada en el marco suave de estos bellísimos versos:

“El terruño es la fuente de las inspiraciones:

A qué buscar la dicha por suelos extranjeros,

si tenemos diciembres cuajados de luceros

si tenemos octubres preñados de ilusiones!”

¿A qué pues, buscar temas o leit-motivs en otras partes, si aquí tenemos todo? Todo en nuestra tierra tropical y fecunda. Cielo, paisaje, clima, pájaros, mar, todo, todo inmensamente salvadoreño y bello. Para qué cantarles a las princesas de las cortes de Versalles, si aquí no- más están nuestras princesas indias con toda una leyenda escondida en la ternura de sus negros ojos?

“En el umbral del rancho está María;

las sombras de sus ojos son rivales

de esas sombras que dan los cafetales

cuando se empieza a adormecer el día”.

Si no tenemos álamos ni abetos, ni castaños, tenemos en cambio limoneros y maquilishuats florecidos.

“Por las floridas barrancas

pasó anoche el aguacero

y amaneció el limonero

llorando estrellitas blancas”.

Dice Lamartine, con mucha razón, “que somos hijos de la tierra. La vida que alimenta su savia y corre por nuestras venas es la misma. Todo cuanto la tierra, nuestra madre, parece experimentar y decir a nuestros ojos en sus formas, en sus aspectos, en su fisonomía, en sus melancolías o en sus esplendores, tiene eco en nuestro ser. No se comprende bien un sentimiento sino en los sitios donde ha sido concebido”. Y es tan cierto, que la tierra salvadoreña, se manifiesta completamente en nuestro poeta Alfredo Espino. Ya dijimos, que Cuzcatlán y Alfredo Espino son una misma tierra, son un mismo poeta.

Su gran proclama de amor la encontramos en “Cantemos lo Nuestro”:

Qué encanto el de la vida, si los natales vientos
en sus ligeras alas traen ecos perdidos
de música de arroyos y música de nidos,
como mansos preludios de blandos instrumentos!
Qué encanto el de la vida, si al amor del bohío
y entre un intenso aroma de lirios y albahacas,
miramos los corrales donde mugen las vacas y
oímos las estrofas del murmurante río. . .!
El terruño es la fuente de las inspiraciones:
A qué buscar la dicha por suelos extranjeros si
tenemos diciembres cuajados de luceros
si tenemos octubres preñados de ilusiones.
No del pagano monte la musa inspiradora
desciende a las estancias de pálidos poetas:
es nuestra musa autóctona que habita en las glorietas
de púrpura y de nácar, donde muere la aurora.

Es nuestra indiana musa que, desde su cabaña,
desciende coronada de plumas de Quetzales a
inspirarnos sencillos y tiernos madrigales olorosos a selvas y a flores de
montañas.

Vamos, pues, a soñar bajo tibios aleros de naranjos en flor...cabe los
manantiales:

Octubre nos regala sus rosas vesperales

Diciembre las miríadas de todos los luceros.

NACIMIENTO DEL POETA

Alfredo Espino nació el 8 de enero de 1900 en la ciudad de Ahuachapán, a escasos ocho días de haberse iniciado este siglo de luchas torturantes para el mundo.

Desciende de una prosapia que hizo del arte su mejor religión. Fueron sus padres, Alfonso Espino —que también fue poeta— y Enriqueta Najarro de Espino. Sus abuelos también fueron exquisitos literatos: Antonio Espino y Antonio Najarro.

Alfredo es hermano de ese gran escritor salvadoreño que se llama Miguel Angel Espino, autor de “Hombres contra la Muerte” y de la “Mitología de Cuzcatlán”, cuya vida, por un mandato inexorable del destino, se está, poco a poco, apagando, y para desgracia nuestra y para que nos duela, olvidado de muchos en una tierra extranjera que no le podría prodigar nunca toda la ternura que se merece en sus últimos días.

Por hablar del dolor de Miguel Angel, ya casi me olvidaba de Alfredo. Perdón señores.

Decía que Alfredo nació en 1900. Desde niño, gustó de la pintura, de la música y de los versos. Este dato de su inclinación a la pintura y a la música tiene una gran importancia, puesto que en su poesía es un verdadero pintor de acuarelas bucólicas y un músico perfecto.

Veamos cómo este poeta, al escribir pinta maravillosamente:

Amaneciendo... lejos aletea
el gallo melancólico... Una franja de suave
rosicler y de naranja se inicia sobre el
cerro de la aldea

En las turgentes lomas cabecea la grácil
arboleda de la granja y en la senda, al
saltar de piedra en zanja

la hacendosa carreta bambolea...

El campo se despierta. Cómo brinca
la alegría en los patios de la finca entre
una algarabía de terneros!

Todo bajo la luz de los paisajes
cuando van despertando los boscajes
con su alegre clarín los clarineros...

MAÑANITA EN LOS CERROS

Es el mes de las lluvias, y por este
motivo, la tierruca viste un traje
de tupido verdor, y entre el ramaje
se ve un poquito menos lo celeste.
La casuca de campo está más blanca
bajo la blanca lumbre mañanera
Ha crujido un bambú. La enredadera
está besando cielo en la barranca.

“Besando cielo”, dije, y no he mentido
porque en toda hondonada silenciosa
un poco de agua azul no es otra cosa
que un cielito entre flores escondido. . .

Se hace frescura el viento campesino en el
sendero angosto.

Cómo se ve que agosto
acaba de pasar por el camino!

Hemos andado mucho, y todavía no se
acaba el sendero;

pero gracias al último aguacero
ha amanecido tan amable el día!

De la paz de los ranchos unos perros me
salen a mirar...

Se me recoge el alma al penetrar al silencio oloroso de los cerros.

Olor, olor a monte, a valle, a loma!

Cuánta canción de amor me trae el viento!

Ya en mi oído no cabe tanto acento!

Ya no cabe en mi pecho tanto aroma!

Corto el tránsito de Alfredo por la vida. Un día de 1928, de fecha 24 “bajo la pedrería de esos soles de Mayo” cerró sus ojos para siempre. Se apagó la estrella luminosa, se extinguió la llama de su lámpara, y se fue... sin hacer ruido, como se van los pájaros cuando se apaga la tarde.

Poco tiempo antes de morir se había graduado como doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales de nuestra Universidad Nacional. Fue un poeta que no le quedó tiempo para ser un abogado. Esto, para dicha suya, porque esa carrera profesional es demasiado ingrata para que los poetas lleven la maldición de tener que vivir de ella.

DELIRIO DE LAS ALAS EN ALFREDO ESPINO

Dice Alberto Masferrer, en el prólogo de “Jícaras Tristes” —libro único de Alfredo— que “uno solo de sus poemas, ese de las DOS ALAS PARA EL VUELO, le daría material para un libro, si él fuera capaz de escribirlo”, añade humildemente: “Porque en verdad, ahí está escrita la historia de todo un hombre que amó y padeció: ahí está simbolizado el desengaño eterno de que prescribiera Budha, la queja en que Job añoró la paz de los que no nacieron, y el suspiro melancólico de Moisés, cuando dijo de todas nuestras venturas, que son “flor de heno secada por el aliento de la tarde”. Don Alberto Masferrer al pensar así se refiere al poema “ASCENSION”, uno de los más bellos y conocidos de nuestro poeta.

En ese poema, “ASCENSION” las alas toman un sentido de profunda filosofía; quién tuviera dos alas para alejarse de lo rastrero del mundo, de las codicias, de las infamias humanas. Quién tuviera dos alas para acercarse a Dios y comprender todo el misterio del hombre frente a su propia vida. Dos Alas! Quién tuviera dos alas para el vuelo!

ASCENSION

Dos Alas! ...Quién tuviera dos alas para el vuelo!...

Esta tarde en la cumbre, casi las he tenido

Desde aquí veo el mar, tan azul, tan dormido

que si no fuera un mar, bien sería otro cielo! ...

Cumbres, divinas cumbres, excelsos miradores...

Qué pequeños los hombres! No llegan los rumores

de allá abajo, del cieno; ni el grito horripilante

con que aúlla el deseo, ni el clamor desbordante

de las malas pasiones... Lo rastrero no sube:
esta cumbre es el néctar del pájaro y la nube.
Aquí he visto una cosa muy más dulce y extraña,
como es la de haber visto llorando una montaña...
el agua brota lenta, y en su remanso brilla
la luz; un ternero viene, y luego se arrodilla
al borde del estanque, y al doblar la testuz,
por beber agua limpia, bebe agua y bebe luz...

Y luego se oye un ruido por lomas y florestas, como si una tormenta
rodara por la cuesta:

Animales que vienen con una fiebre extraña
A beber las lágrimas que llora la montaña.....
Va llegando la noche. Ya no se mira el mar.
Y qué asco y qué tristeza comenzar a bajar...
Quién tuviera dos alas, dos alas para un vuelo!
Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido,
Con el loco deseo de haberlas extendido
Sobre aquel mar dormido que parecía cielo)
Un río entre verdos pierde a mis espaldas
Como un hilo de plata que enhebrara esmeraldas...

En otro poema: “Eta era un ala”, la viejecita que adoraba a los niños de azuñ, que era tan tempranera como las palomas, una noche de tantas ya no volvió a asomarse al corredor, y fue entonces que el poeta supo el cuento triste: ESTA ERA UN ALA CANSADA DE VOLAR! Aquí, en este

poema también, el elemento “ALAS” es otra invitación a la filosofía, a la meditación serena sobre la vida y sobre la muerte.

Otras veces las alas en Alfredo, representan una mitigación para el dolor y las compara bellísimamente con las manos de su madre, y son, aquí en el pecho las manos de la madre como dos alas blancas sobre nuestro corazón, y cuando nos acosan las maldades son dos alas de paz sobre tempestades. Me refiero al poema LAS MANOS DE MI MADRE.

Los poemas donde Alfredo empleó el elemento o la palabra ALAS son para mí los poemas más bellos del “Jícaras Tristes”.

EL ARTE EN FUNCION SOCIAL EN ALFREDO ESPINO

Algunas personas, entre ellas algunos intelectuales, no se explican sino como una manifestación milagrosa que un hombre triste, retraído y tímido como era Alfredo Espino llegara a ser la manifestación más auténtica del pueblo salvadoreño, pueblo que según ellos es un pueblo alegre, trabajador y de gran dinamismo.

Acepto para nuestro pueblo el calificativo de trabajador. No hay nadie que pueda negarlo. También acepto que tiene un gran dinamismo para sus acciones. Pero niego con toda mi fuerza, que seamos un pueblo alegre. El pueblo salvadoreño es como era Alfredo Espino, triste retraído y tímido. Razón de nuestra tristeza, las grandes injusticias de carácter social, nadie—como no sea este gobierno—se ha preocupado de que haya condiciones de trabajo para el obrero y campesino, de acuerdo con la dignidad que se merece toda persona por el mismo hecho de serlo.

Alfredo cantó esta tristeza, recogida del SUBURBIO, de nuestra propia realidad social:

Risas, cánticos, voces, confundidas en una

Sola nota impresiva, vuelan del arrabal.

En la calle hay tristeza. En los charcos hay luna.

Un jardín es el cielo, con lirios de cristal...

Suburbios de las pobres mesnadas sin fortuna.

Mujeres de alma virgen y de carne sensual.

Tristeza de la vida que a mi pesar se aduna!
Pobres rosas morenas de los fangos del mal!
Traficantes de vicios. Mercaderes de amor.
Nadie sabe la angustia del callado dolor.
Para las pobres vidas toda piedad se cierra...
Tristes desheredadas de pensativa frente:
Nada os guarda la vida...Son vuestros solamente
Los lechos de hospitales y el frío de la tierra...

Algunos intelectuales partidarios del arte por el arte, afirman, que Alfredo Espino, gracias a Dios, no se vio metido en eso del arte y la lucha social, y que sin embargo es en la actualidad el poeta más representativo de El Salvador.

Yo no concibo el arte por el arte mismo. Me parece muy estúpida la posición de Oscar Wilde que afirma que todo arte es verdaderamente inútil. El arte por el arte es como el dinero por el dinero. Si un hombre llega a ser rico, que sepa para qué sirve la fortuna y que desempeñe en la vida con justicia y acierto, su función social como hombre, que comprenda sus deberes y derechos y que sepa que lo único que lo diferencia de los demás es la forma que él pone al servicio de todos, para bien suyo y de la comunidad. El prototipo del avaro ya se irá quedando para las leyendas y cuentos de los niños de las próximas generaciones.

Todo arte debe tener una función en servicio del pueblo. La poesía de Alfredo Espino la tiene, y es precisamente por ello que ha cuajado, por decirlo así, en el alma nacional. Es el poeta del alma nacional salvadoreña así como don Alberto Masferrer es, aunque no quieran sus detractores, uno de los niños de las próximas almas nacionales.

“Un rancho y un lucero” y “ASCENSION” son el mejor testimonio de lo que dejamos escrito.

Fue la voz de un poeta, así tenía que hacerlo, la que concibió la idea, que la intelectualidad de El Salvador glorificara la memoria de Alfredo Espino. A José Luis Silva, poeta y abogado, ya fallecido, debemos agradecer,

el Decreto N° 8 de la Asamblea Nacional Legislativa de nuestra República, que en el mes de marzo de mil novecientos cuarenta y siete, consideró como deber patriótico glorificar la memoria de quienes como el poeta Dr. Espino han contribuido de manera descollante a dar timbre de honor al nombre de la República y a las letras nacionales. Se ordenó la impresión de sus obras —Jícaras Tristes— en un número de cinco mil ejemplares.

Lástima que a Alfredo Espino se le haya glorificado oficialmente cuando ya se encontraba en la inmortalidad, glorificado por su pueblo y por los niños de las escuelas. Debió haber recibido este homenaje del gobierno en vida, porque los poetas cuando son verdaderos, como lo fue Alfredo, valen más para un pueblo que el más hábil de sus políticos y banqueros.

A Nicaragua se le conoce en Europa y en el mundo porque es la tierra de Rubén Darío, y a El Salvador porque es la tierra de FRANCISCO GAVI-DIA, ALFREDO ESPINO Y ALBERTO MASFERRER.